

MUCHAS GRACIAS, PADRE NAVA

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ

El Padre Nava se nos ha ido a estar con el Padre para siempre, se nos ha ido a vivir más a vivir mejor, se nos ha ido para seguir con nosotros de «otra manera». Pero el Padre Nava no se ha ido del todo, sigue con todos los que lo queremos de verdad, los que hemos tenido la suerte de vivir junto a él muchos años de tarea. En nuestro caso, en los comienzos de una nueva andadura llenos de temor por no saber hacer, llenos de ilusión por querer hacer, llenos de ganas de querer hacer bien lo que teníamos entre manos. Hemos estado junto al timón de una barca que él llevaba a buen puerto siempre, con su sabia mano, imperceptible mano, estaba siempre ahí para alentar, aconsejar, impulsar, trabajar y hacernos trabajar.

La barca del Trabajo Social, en la Escuela San Vicente de Paul de la emblemática calle Martínez Campos, n.º 18, había atracado allí en el año 1955 de la mano de Sor Beatriz Gil Lansaque y de Sor Paz Cortés; dos personas inolvidables en el Trabajo Social en Madrid, en España y fuera de España. Dos mujeres conducidas por Vicente de Paul a hacer, lo que estaban haciendo y cómo lo estaban haciendo; para ellas la Escuela era la razón profunda de la existencia y su objetivo, que las alumnas salieran sólidamente preparadas para afrontar los vientos de un trabajo comprometido con los últimos y que éstos, con el «paso» de las trabajadoras sociales mejoraran de condición interna y/o externa [hablamos en femenino pues hasta el curso 1982 no se admitió a ningún hombre, y como decían las hermanas se admitió a uno porque era hermano de san Juan de Dios, (Abel Pellitero, ya fallecido)].

La barca del Trabajo Social estuvo bien amarrada durante 27 años en Martínez Campos, pero los estragos de la edad y la enfermedad hacían muy difícil que las hermanas pudieran seguir izando las velas. La Escuela San Vicente de Paul, era su obra, lo mejor de su vicenciana herencia, había que dejarla en buenas manos, muy buenas, el trabajo de tantos años había que llevarlo a puerto seguro. Hubo un intento anterior que no prosperó y por fin la oferta se hizo a la Compañía de Jesús para integrarla en la Universidad Pontificia Comillas. Se les encendió la luz y se unieron las luces (según me comentó el Padre Urbano Valero aquella dolorosa mañana de Junio en Salamanca tras el entierro y funeral del Padre Nava). La Compañía de Jesús aceptó la oferta. Corría el año 1982 y era rector entonces el mencionado P. Valero y Vicerrector el P. Augusto Hortal, y quien se iba a ocupar de la dirección de la Escuela era nuestro P. Nava, ahí empezó todo.

Cuantas conversaciones, cuantas reuniones para el traspaso de la Escuela, las cosas había que hacerlas muy bien por ambas partes, y así fue. Cuando ya los interlocutores hablaron de todo lo necesario, el P. Nava, como

responsable de la Escuela, hace su aparición en Martínez Campos. Ahí lo conocimos los de la *hora primera*, la Escuela gradualmente pasaba a la Compañía de Jesús. Los de la hora primera: Rafael Burgaleta, José Antonio Arnal, Antonia Freijanes, Dolores Bustamante, Dolores Esteve, María Dolores Rodríguez, El Padre Vela, El Padre Pilón, Rosario Paniagua. Inolvidable aquel *primer y último año* de la Escuela en Martínez Campos con el recién llegado P. Nava. Las charlas tomando el café que las hermanas y Loli preparaban, había un entrañable ambiente de familia.

Había que «hacer maletas» nos íbamos a Cantoblanco, el P. Nava nos decía que el campus era muy bonito, había aire muy puro, muchas posibilidades formativas, y de intercambio con otras titulaciones, ante las caras atónitas de profesores y alumnos que ya teníamos el nido en el centro de la ciudad y teníamos que emigrar a tierras lejanas. *Sal de tu tierra y ven a la tierra que yo te mostraré*. Era muy divertido ver al P. Nava, con su proverbial sonrisita y calma, cuando nos hacía ver que había muchas ventajas y los alumnos sin querer viajar tanto cada día, tras su matinal jornada de prácticas, el padre decía que el viaje era muy bonito y se veía la sierra... Cuántos recuerdos...

Así las cosas el día 1 de septiembre de 1983 aparecimos con el P. Nava, Loli y yo en Cantoblanco, nos pareció lejísimo y él nos decía que cada día el viaje se nos haría más corto por la ilusión de llegar y empezar la faena del Trabajo Social. La verdad que la ilusión del Trabajo Social nos acompañaba, pero los kilómetros aún con toda nuestra buena voluntad no parecían mermar. ¡Qué susto! Un edificio tan grande, tanta gente yendo y viniendo. Aparecimos los tres con los archivadores, entre ellos tres muy abultados, contenían todas la documentación de los centros de prácticas de primero, segundo y tercero, como piedras pesadas que había que mover al ritmo que nuestras predecesoras habían mimado de modo muy especial. Recuerdo una anécdota muy simpática con al padre, al llegar a lo que iba a ser el Área de Prácticas, donde estaba el ICE, frente a la centralita *el reino* de Mariano. Yo venía morena de las playas de sur de pasar mis vacaciones y me dice el padre *¿pero tú no estabas morena hace un rato? Sí padre, pero me he quedado pálida del susto que tengo encima*, literalmente me quedé blanca hasta el siguiente verano en el que me recuperé en mis playas del sur.

Cuanto susto por todo lo que había que afrontar, cuanta ilusión, cuantas ganas de hacer las cosas bien, cuantas incógnitas, ahí estaba el padre animando, dándonos tranquilidad, quitando hierro a una situación de «altos hornos». Recuerdo que nos decía: *cada día lo suyo, prohibido decir urgente, no hay que agobiarse nunca, todo esto se soluciona trabajando mucho y bien*. El padre, desde el primer día, ya en Martínez Campos, dijo que de Trabajo Social no sabía nada, que teníamos un alumno más y que ese alumno tenía

que aprender mucho y deprisa. Nos dio a todos un ejemplo de sencillez impresionante, era una de sus muchas cualidades.

Apostó muy fuerte por la Escuela, al tema de las prácticas externas le daba especial consideración, sabía que las hermanas había puesto mucho trabajo y mucho esmero en ello y él quería que no *estropeáramos lo que tanto esfuerzo les había costado crear y mantener*. Mi palidez iba en aumento, tenía toda la razón, pero cómo se hacía eso. Las hermanas nos habían asesorado bien de cómo hacer las cosas, nos dieron el envío, pero ahora nos tocaba faenar. Me commueve de manera muy particular la humildad del padre por aprender, venía a las clases (yo cada vez más pálida), venía a visitar los centros de prácticas, (las correrías que hemos hecho por todos los barrios de Madrid), para conocer y que nos conocieran en nuestra nueva andadura en Cantoblanco. Cada mes preparábamos un menú variado de salidas a Instituciones Sociales, él tenía muy claro que no quería *oír*, quería *ver* donde estaban practicando nuestros estudiantes. A la vuelta de las visitas a los Centros me decía que le estaba gustando el Trabajo Social, el compromiso, el intento de mejorar las situaciones de exclusión, el apostar por el crecimiento de la gente (qué pena de magnetofón en el coche para haber grabado las reflexiones del padre acerca del Trabajo Social y su implicación con este mundo).

Teníamos que estar en todos los foros en donde se pronunciara Trabajo Social, seminarios, jornadas, congresos, pero..., él era el primero que venía, aquellos primeros tiempos viajamos mucho por Madrid, por España y fuera de España. Se promovió en Portugal la Escuela Social de Viseu, patrocinada por la Universidad Católica de Lisboa, y allá que fuimos a contar la organización y gestión del Área de Prácticas y las supervisiones. En fin horas y horas, días y días, años y años de desvelos, ilusiones, trabajo y más trabajo junto al padre Nava, siempre ahí, siempre infundiendo calma, con su claridad de ideas y buenos consejos para la actuación.

Los alumnos, una vez que se enteraban que no era tan serio como parecía, lo querían mucho, tenemos testimonios preciosos de aquellos estudiantes de la *primera y segunda hora*, profesionales que hoy desarrollan un Trabajo Social con gran calidad en puestos de gestión e intervención y que conservan un precioso recuerdo y gratitud al P. Nava, así nos lo han manifestado.

La Escuela seguía adelante, con su director a la cabeza y nosotros junto a él con muchas ganas de aprender y de enseñar. No puedo olvidar las pruebas de ingreso con el P. Nava, la Profesora Santa Lázaro y yo misma. Se presentaban cientos de aspirantes y había que seleccionar a los mejores. Las entrevistas las hacíamos los tres juntos, para ver más, ver mejor, pero en la dura canícula, en las entrevistas de primera hora de la tarde, podía pasar cualquier cosa... Morfeo se incorporaba al equipo de admisión, el padre se despertaba y con su fino humor nos despertaba a nosotras de la modorra

estival, era el momento que hacía la pregunta del millón con el expediente de la alumna delante decía: *aquí hay un bajón de notas ¿es que se cruzó un moreno?* Cuando empezaron a venir alumnos *la que se cruzaba era una rubia*. Cuánto vivido con el padre, cuántos recuerdos.

Además de su estar, su saber estar en todo momento en la Escuela, quiero destacar la cercanía con nuestras familias; no se le escapaba nada, atento a compartir las alegrías, que hubo y muchas: bodas, nacimientos, primeras comuniones, etc. Y al pie del cañón en las penas, las enfermedades, despedidas de nuestros familiares, ahí estaba el P. Nava como uno más alentándonos con su presencia y cariño. Habría mucho que contar al respecto, pero con lo dicho queda claro su perfil humano y entrañable detrás de su timidez y aparente seriedad. Una persona querida y respetada por toda la gente de Trabajo Social y que se merece todo nuestro reconocimiento.

Si es de buen nacido ser agradecidos, la gente de Trabajo Social queremos testimoniar nuestro más sincero agradecimiento y cariño a quien llevó de su mano la Escuela de Trabajo Social San Vicente de Paul a la Universidad Pontificia Comillas, no escatimando esfuerzos, sabiendo crear equipo, buen clima de trabajo y cercanía humana a quienes tuvimos la suerte de estar junto a él y así lo hizo con nuestras familias, como hemos querido señalar también. Por todo ello gracias, muchas gracias Padre Nava, Ud. no se irá nunca de nuestro lado, pues como dice Gabriel Marcel: «*Amar a alguien es decirle con la propia vida, no puedes morir; porque vas a vivir para siempre en nuestro corazón*».